

Ladrones de Atlántida

José Angel Muriel González

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

© Editorial C&M
© José Ángel Muriel
jamuriel@elautor.com
<http://www.elautor.com>

EDITA: Editorial C&M
Edificio CREA Sevilla
Teléfono: 954 488 871
e-mail: info@editorialcm.es
www.editorialcm.es

ISBN: 978-84-936167-0-0
Depósito legal: SE 7456-2008

2ª Edición
Sevilla, Diciembre de 2008

***A M^a Carmen,
por el cariño con el que siempre apoya mis proyectos,
por estar siempre a mi lado.***

***“Temed este instrumento, porque, si no lo teméis,
las estrellas abrasarán la tierra y devorarán el cielo,
palidecerá el brillo del Sol del estío,
grandes tormentas estallarán con furia para asolar los campos,
y los asientos de los dioses enrojecerán por la sangre...”***

Profecía inscrita en el obelisco de la Plaza Mayor de Thool



Prólogo

Los dedos de la mujer recorrieron la superficie de la puerta, palpando las lisas planchas de madera y cobre como si pretendiera adivinar qué encerraban al otro lado. Luego posó una mano, sensible a los quejidos procedentes del engranaje interior que esperaba percibir a continuación, mientras con la otra deslizaba una ganzúa dentro de la cerradura.

La ganzúa era una pieza de artesanía, fabricada con la raíz seca de una extraña planta; consistía en un filamento flexible, muy resistente, que podía enroscarse sobre sí mismo. Por otra parte, la cerradura que intentaba forzar era de un material cerámico muy duro, aunque su aspecto pulido y su coloración negra le daban un acabado de apariencia metálica. La joven movía la ganzúa con una magistral combinación de rapidez y tacto, hurgando en las entrañas del inexpugnable y complejo sistema de cierre de la puerta acorazada.

Pese a la habilidad que demostraba, Kadham, que aguardaba de pie junto a ella, empezaba a ponerse nervioso y observaba con impaciencia sus forcejeos, pues no parecían surtir efecto.

—Habías dicho que eres la mejor en esto, Edda —murmuró el exasperado joven, empleando un tono mordaz. Al hablar se mostraba muy seguro de sí mismo, lo que resultaba aún más irritante.

—Lo soy —afirmó la chica con desdén, sin cejar en su tenaz empeño.

—Tal vez deberíamos optar por otro plan —sugirió Kadham con aspereza, expresando su desasosiego.

—Déjala —replicó el tercero del grupo, que se mantenía a escasa distancia, vigilando la desierta calle a través de los jirones de niebla para prevenir cualquier aparición inesperada. Se llamaba Weni; este extravagante nombre hacía evidente que se trataba de un extranjero en aquella tierra. A esto se sumaba su falta de dominio del lenguaje local, que, debido a la

difícil pronunciación, en sus labios se convertía en una sucesión de sonidos explosivos. También él abrigaba su figura enjuta y nervuda con un pesado hábito que repelía el frío y que, además, le servía para encubrir su identidad en la oscuridad de la noche—. Debe de ser complicado con tan poca luz... Deja que siga intentándolo.

Cuando el susurro de Weni se apagó, Kadham sonrió confiado, pues sabía que la única opción era que Edda perseverase y concluyera su tarea con éxito. Así que le dio la oportunidad que se merecía.

Tan avanzada la madrugada, casi todos los ciudadanos dormitaban en sus casas, pocos trasnochaban voluntariamente y nadie paseaba a la intemperie. La presencia de los tres embozados en aquel preciso lugar, tras la muralla de la ciudadela, habría despertado sospechas, sobre todo porque los fornidos centinelas que lo custodiaban yacían inertes en sus puestos, desmayados por los efectos del gas somnífero que había preparado Weni a partir de extractos vegetales. Por tanto, si algún transeúnte intempestivo les sorprendía, podía delatarles; esto les habría obligado a huir, malogrando sus intenciones para siempre, pues no podrían intentar la misma empresa una segunda vez sin arriesgarse a ser capturados.

Quizás fuera la fe demostrada por Weni, que había alentado sus ímprobos esfuerzos, pues Edda consiguió finalmente vencer el mecanismo que cerraba herméticamente aquella sólida puerta. Para asombro de Kadham, oyeron una serie de chasquidos, lo que indicaba que se estaban desplazando todas las ruedas estriadas del engranaje y recorriendo todos los cerrojos. La pesada hoja se abatió dejando el paso libre a través del grueso muro de roca.

—Ya está —exclamó Edda satisfecha. Habían abierto la entrada trasera.

—Perfecto —alabó Kadham, dedicándole un gesto de disculpa. Apoyó la pálida mano en el hombro de su compañera y se aprestó a penetrar en la penumbra que aquella

puerta había mantenido escondida—. Parece que tenías razón y no era tan segura como se creía. Ahora es mi turno.

La luz que irradiaba la pequeña lámpara de aceite de Weni se propagaba con dificultad, a pesar de la lente que había añadido para amplificar su alcance. Se la cedió a Edda y encendió otra lucerna. Caminaban rezagados tras su amigo Kadham, a quien aquella experiencia no parecía inquietar después de los avatares vividos junto a sus camaradas. Kadham alzó un poco el brazo izquierdo y de la palma de su mano brotó una mota luminosa, transformándose enseguida en una pequeña esfera de potente luz que volvía más fantasmales sus lívidas facciones. Este foco perforaba las tinieblas lo suficiente como para saber qué suelo estaban pisando.

Andaban por un vasto pasillo, una especie de vestíbulo alargado. Atrás quedaba la puerta entornada y a su alrededor se elevaban dos firmes paredes de bloques tallados en granito, alineados en filas y encajados perfectamente unos sobre otros, sin fisuras. Las hiladas de piedra de los muros laterales se iban aproximando hacia el centro de la galería hasta formar una bóveda en saledizo.

Descendieron por un corto pasadizo inclinado. Al fondo parecía vislumbrarse una enorme sala, donde los débiles rayos de luz de las linternas se dispersaban sin llegar a dibujar las formas. Weni, que tenía la virtud de saber valorar la esencia de cada cosa, examinaba absorto hasta el último detalle.

Cuando alcanzaron el final de la galería, descubrieron con estupor que el suelo se acababa de pronto y se abría un inmenso abismo. Miraron a derecha e izquierda, pero sus ojos no podían atravesar la insondable oscuridad y eran incapaces de discernir dónde tenía sus límites aquella desmesurada sala. En cambio, frente a ellos, al otro lado del precipicio, el camino parecía continuar. Pero el espacio que separaba un extremo de otro era demasiado grande para sortearlo con un simple salto.

Kadham escudriñó las sombras, meditabundo. De súbito se percató de que había una irregularidad en el pavimento, bajo su pie. Se agachó, acercando la bola luminosa de su mano, para averiguar qué era aquello que había estado pisando.

—Parece una cerradura —apreció Edda, buscando de nuevo sus herramientas en el zurrón—. Seguramente funcionará como resorte para extender un puente retráctil...

—No lo toques, Edda —repuso Kadham, al tiempo que limpiaba el polvo que se había depositado en torno al orificio con forma de cruz horadado en el suelo—. Recuerda lo que me contaste. Tu confidente te advirtió que aquí dentro solo podían usarse las llaves originales. Si forzamos las cerraduras, activaremos trampas, infalibles contra los intrusos. No debemos arriesgarnos.

—Te he visto hacer maravillas —balbuceó Weni, dirigiéndose con voz entrecortada a su excéntrico compañero, en cuyos artificios mágicos tenía puestas sus esperanzas—, pero ese abismo parece infranqueable incluso para tu talento. ¿Qué haremos ahora?

—No he dejado de entrenarme —arguyó Kadham, con una sonrisa tranquilizadora. Luego añadió con gran firmeza y abrumadora convicción—: Vosotros, quedad aquí guardando la salida.

—Toma, Kadham. Tal vez te haga falta.

Weni le dio un pequeño recipiente de porcelana vidriada. Puesto al trasluz de la lucecita de su mano, Kadham atisbaba el contenido opaco del frasco.

—Gracias. Regresaré pronto.

Dicho esto, Kadham se reincorporó y dio dos pasos, hasta que su delgado cuerpo superó el borde, quedando suspendido completamente en el aire por un instante. Antes de que se desplomara atraído por el vacío, su silueta se desvaneció, provocando un ruido similar a una burbuja cuando estalla, y la bola luminosa de su mano dibujó una línea centelleante que marcaba la trayectoria seguida. El altivo Kadham apareció enfrente, al otro lado del abismo, soste-

niendo la minúscula esfera de luz y sacudiéndose el flequillo rubio ceniciento como si la breve y veloz travesía emprendida para cruzar aquel espacio que parecía insalvable tan solo le hubiera despeinado.

—Nunca dejaré de desconcertarnos haciendo alarde de sus artes poco prosaicas —adujo Edda manifestando un sincero entusiasmo ante la peripecia.

—No estoy seguro de que todo esto sea una buena idea —masculló Weni, apretando los gruesos labios. El egipcio se sentó junto a su amiga, con las piernas cruzadas, y le dirigió una mirada adusta, con la incertidumbre en sus ojos rasgados y negros. De nuevo, volvía a adoptar una postura contraria a la ejecución de cualquier acto ilícito, pero comprendió que ya era tarde para arrepentirse y, tal como habían acordado, tenían que perpetrar el robo.

Kadham se internó en la prolongación del pasaje, que tenía la misma sórdida apariencia del pasadizo que acababa de dejar tras sus compañeros. Conducía hacia el centro de la base cuadrada que soportaba el descomunal templo y que actuaba como cámara de seguridad subterránea. Era un sitio poco común para guardar un tesoro y, sin embargo, allí se encontraba, bajo la protección de una montaña de piedra, la reliquia más enigmática del reino. Por encima, en las plantas superiores, se distribuían las dependencias de las personas encargadas de su custodia.

Habían pasado muchas lunas organizando aquella atrevida incursión en la cripta, indagando acerca de lo que podían encontrar una vez burlaran la resguardada entrada. Y en aquel momento tan próximo a culminar la hazaña, Kadham se sentía emocionado. Muy pronto estaría ante el preciado objeto sagrado que querían sustraer.

Con sus sentidos siempre alertas, Kadham llegó hasta el filo de un nuevo precipicio. No obstante, esta vez se trataba del obstáculo final. Un profundo foso de trazado rectangular rodeaba el perímetro de un islote de roca en el centro, justo en

el corazón secreto del hueco templo. A los pies de Kadham volvía a encontrarse otra cerradura, posiblemente para bajar el puente levadizo que podía distinguir al otro lado.

No podía utilizar el mismo truco que antes para atravesar el siniestro abismo, pues su anchura era mucho mayor y no iba a conseguir propulsarse lo suficiente. Aún no estaba preparado para tales exhibiciones de poder. Tenía que intentar otra cosa. Así que su mente se concentró en la pasarela erguida que tenía delante, tratando de hacerla descender de la manera en que le había enseñado su amigo Wilk.

Resultó muy costoso. Los mecanismos que movían habitualmente la plataforma de madera del puente no se dejaron conquistar fácilmente; los cables, elaborados con fuertes lianas, se tensaban y ofrecían mayor resistencia a medida que Kadham conseguía controlar el volumen de aquella pesada estructura. Poco a poco, gradualmente, la maquinaria cedió, forzada por la voluntad de Kadham sobre la materia, y el puente comenzó a descender lentamente, entre vibraciones y chirridos. Kadham seguía iluminándose con la fuente de luz artificial de su mano izquierda, mientras retorció la derecha hacia el puente para canalizar su energía.

Pese a su gran esmero, de súbito, a medio camino, la plataforma se detuvo y, tras unos temblores, empezó a retroceder. Una expresión de consternación y náusea ensombreció el rostro de Kadham, que, fatigado, había perdido el control, rompiendo el nexo de unión con aquella pesada obra de ingeniería. Antes de que la frustración invadiese su ánimo, Kadham flexionó las rodillas y se impulsó hacia delante con toda la fuerza que pudo reunir.

Se había lanzado hacia el extremo elevado del puente, que ahora tenía más cercano y accesible, pero el ímpetu de su brinco no había bastado para alcanzarlo y sus dedos sólo rozaron los troncos que componían la pasarela. Inevitablemente, se vio precipitado hacia la honda sima, donde le

esperaba un desenlace mortal. Al mismo tiempo, la oscuridad se hizo al extinguirse la luz de su mano.

Aun en tan pésimas condiciones, el atribulado Kadham no cejó y mantuvo la mente fría. Se revolió en el aire rápidamente y presionó el arnés de cuero que se enroscaba en su pierna, sujetando la sandalia. Había recordado inmediatamente que, por prevención, Edda les había equipado con sus mejores artilugios. Sintió cómo se desenroscaba en la suela de su calzado una cuerda y salía disparada como un dardo hacia arriba. Sumido en las tinieblas de la hondonada le era imposible saber si había apuntado bien o si la longitud de la pequeña sogá sería suficiente, pero las terribles dudas de Kadham se resolvieron pronto.

Un impacto confirmó que el gancho del cabo atado a su pierna se había clavado entre los troncos que formaban la plataforma del puente. La cuerda tiró bruscamente de él y detuvo su caída. Después, antes de que se soltara el gancho, Kadham se dobló sobre la cintura, desenredó su pierna para poder moverse y trepó hasta agarrarse a la plataforma.

El mecanismo del puente, preparado para detectar un peso adicional, se estremeció y volvió a detenerse. Luego empezó a descender de nuevo hasta que tomó la posición horizontal. Aunque Kadham ya se había repuesto, aún jadeaba cuando consiguió ponerse de pie. Le debía la vida a las audacias de Edda.

La oscuridad no era absoluta, pues vislumbraba, en algún punto frente a él, un resplandor discontinuo que aparecía a intervalos aleatorios, sin seguir ninguna regla lógica. Se dejó guiar por esta señal luminosa.

Sus tensos rasgos denotaban el pavor experimentado durante el lamentable accidente del que, afortunadamente, había salido airoso. Con avidez, el aturdido joven dio tres largas zancadas y sorteó el último tramo del puente, llegando al

islote central que quedaba aislado por el foso. Frente a él, se ubicaba otro puente móvil: éste conectaba con la entrada principal del templo, que habían eludido a toda costa por encontrarse más vigilada. En medio, entre ambos puentes, se distinguía una urna piramidal con la cúspide de cristal, de donde provenían los brillantes destellos.

Fascinado por la fuerza de aquellos fognazos intermitentes que despedía el objeto encerrado dentro de la pirámide, Kadham se acercó y se agachó para observarlo. La gran piedra verde, llamada la “Intocable” por el vulgo, quedaba a la altura de sus pupilas, deslumbradas por las reverberaciones de la luz que emitía. Kadham comprobó que no podría extraerla de su prisión por métodos convencionales, pues las paredes transparentes de su celda eran inamovibles y de un material irrompible. Al tocarlas, recibió una fuerte descarga electrostática que culebreó por su columna vertebral y le trastornó los sentidos por un momento.

Se humedeció la punta de los dedos con el engrudo pegajoso que contenía el recipiente facilitado por Weni y suspiró con complacencia, echando atrás las holgadas mangas de su atuendo para actuar con mayor comodidad. Luego se encorvó sobre la pirámide y extendió sus manos trémulas en torno a las caras de cristal que encerraban la mágica gema. Cuando alcanzó el grado de concentración adecuado, las yemas de sus dedos se posaron en la superficie cristalina y ésta se onduló como si fuera una masa de agua en suspensión. Las falanges comenzaron a atravesar por ambos lados el cristal, que se comportaba como una sustancia gelatinosa, y atraparon la anhelada esmeralda, del tamaño de un puño. Luego, sacó las manos y el frío cristal volvió a cobrar solidez.

Debía agradecer esta proeza a Weni, quien manejaba a su antojo las fórmulas magistrales que había aprendido para controlar el estado de la materia. Pero, además, había sido muy perspicaz al suponer qué tipo de sustancia se podía estar empleando para conservar la “Intocable” en su encierro, pues

cada solución que preparaba servía para tratar una gama muy limitada de materiales.

Cuando tuvo la gema en su poder, ésta relampagueó y crepitó como si tuviera consciencia propia. La acarició con codicia, restregándola con el paño de su túnica, y sonrió haciendo balance de la operación, que había resultado más sencilla de lo previsto. Antes de deshacer el tortuoso camino de regreso, reposó un poco para reponerse, apoyado en la balastrada del puente.

Al contacto con su piel, el brillo de la gema había ido disminuyendo hasta casi apagarse, de modo que su mano izquierda volvió a refulgir deliberadamente, proporcionando un intenso haz de luz que podía proyectar en la dirección que prefiriera. Con el Ojo Sagrado en su posesión, Kadham volvió triunfante sobre sus pasos para reunirse con sus amigos.